

NOTA PRELIMINAR

POR

JORGE EDUARDO ARELLANO

Tres han sido los momentos cardinales marcados por la literatura nicaragüense en su desarrollo de aproximadamente tres siglos y medio. En primer lugar, el auroral de *El Güegüence*. Esta *comedia maestra* —así la calificó José Martí en 1884— expresaba a un pueblo mestizo y su cultura emergente hacia la mitad del siglo XVII, cuando ya se había consolidado el dominio hispánico sobre las poblaciones indígenas de filiación mesoamericana ubicadas en la zona del Pacífico de Nicaragua. Escrita en una mezcla de español y náhuat (sin l), pero con el predominio del primero, consiste en un espectáculo dialogado, mímico y danzante tendiente al arte total: a la fundición de la música y la pintura, la artesanía y la poesía, la tragedia y la comedia. Se trata, pues, de una obra de solapada protesta contra el sistema colonial, al que impugna con resignación pero con sátira en una lengua viva, oral y popular —no exenta de rasgos dialectales y de fragmentos a la altura del Siglo de Oro— que iniciando un proceso de castellanización, tiene su punto más culto y culminante en Rubén Darío (1867-1916).

Segundo momento cardinal de la historia literaria de Nicaragua, Darío surge en la segunda mitad del siglo XIX, durante la conformación definitiva del Estado Nacional, tras la frustración republicana engendrada por las guerras civiles que siguieron a la independencia de España en 1821 y la intrusión del expansionismo filibustero y esclavista de Norteamérica de 1855 a 1857. Surge y se desarrolla precozmente en un ambiente de fiestas religiosas y procesiones, tertulias y paseos, oraciones fúnebres e impresos necrológicos, veladas y representaciones teatrales, actos académicos y conciertos, revistas y periódicos de León; mas pronto se traslada a Managua como empleado de la Biblioteca Nacional (establecida en 1882), donde se forma y se inicia en la literatura francesa moderna, practicando la *écriture artiste*. Así, cuando viaja a Chile en julio de 1886, ya va suficientemente preparado para dar el salto cualitativo que significaría su estadía en el país austral, experiencia que trasmutó estéticamente en su revolucionario libro *Azul* (1888), definitivo punto de partida del modernismo en lengua española y primera concreción de la modernidad literaria de América Latina.

Dentro de su patria natal, Darío influyó—como nadie hasta entonces—con su ejemplo creador y su carrera de periodista e intelectual. Pero no debe olvidarse que estaba vinculado al proyecto liberal que, basado en el cultivo y la exportación del café, se manifestó en una ideología progresista. El poeta, quien tenía veintiséis años al instaurarse en el poder el Gral. J. Santos Zelaya—ejecutor de ese proyecto entre 1893 y 1909—representaba esa ideología capaz de cuestionar el panamericanismo concebido desde Washington, valorar sustancialmente la herencia española como elemento definitorio de la identidad latinoamericana y enfrentarse políticamente a la diplomacia del *dollar*. Por eso comprendió la tragedia nacional que entrañaría la anulación del régimen liberal, promovida por el gobierno norteamericano; y demostró hasta el fin su fidelidad a Zelaya al colaborar en la obra de éste *La Revolución de Nicaragua y los Estados Unidos* (1910) y redactarle su “Refutación a las declaraciones de Taft” en 1911.

Reaccionando contra la sacralización provinciana de Darío y la retórica mantenida por sus imitadores, el Movimiento de Vanguardia—desarrollado en Granada de 1927 a 1933—constituyó el tercer y último momento cardinal. Único movimiento moderno surgido en Centroamérica con un ideario colectivo y un compacto programa literario, filosófico y político, renovó la vida intelectual del país, además de imponer su hegemonía crítica y aportar las bases, especialmente en poesía, de la literatura nicaragüense contemporánea. Tal es la perspectiva que debe tomarse en cuenta antes de leer las siguientes páginas que ofrecen un panorama, más algunos asedios particulares, de esa literatura.

Lamentablemente, la disparidad cronológica y una desigual calidad prevalecen en este número monográfico, al que no es ajeno el estancamiento del estudio científico de la literatura en mi país durante los años ochenta. Mas, al menos, revela un firme interés por superar tal deficiencia. Por ello quiero agradecer a los colaboradores—de plurales signos ideológicos, aunque todos amigos—y, especialmente, al doctor Alfredo A. Roggiano, por concederme su coordinación.

Por último, figura aquí la última e inédita prospección y comprensión del crítico José Emilio Balladares (1945-1989), el ensayista más brillante de mi generación, a cuya memoria dedico estas líneas.